

HECHOS QUE INFLUYERON NOTABLEMENTE EN LA EMANCIPACION IBEROAMERICANA, DESDE EUROPA.

LA FULGURANTE ACCION DE NAPOLEON, HIJO DE LA REVOLUCION FRANCESA.

En 1810, el Imperio Napoleónico alcanzaba máximo esplendor. La vieja Europa, sometida al puño de hierro de Bonaparte parecía marcar el paso a los acordes inmarcesibles de la Marsellesa.

Holanda, Bélgica, Italia y Nápoles, se habían convertido en departamentos imperiales. Suecia estaba regida por Bernardotte, Mariscal que hacía sentir las glorias francesas en el área nórdica. Alemania vencida y dividida, inclinaba la cabeza perdido el tradicional brío y empolvadas las glorias de Federico el Grande. Austria sometida a fulminantes ocupaciones de los ejércitos franceses estaba cruzada de brazos brindando periódica obsecuencia a la gloria ascendente del corzo ciclópeo. Y en el fondo de las etapas, la Santa Rusia de Iván el Terrible y Pedro el Grande contemporizaba, luego de haber sido aplastada por la precisión de la máquina de guerra en dos apocalípticas batallas. Sólo Inglaterra resistía, aislada pero orgullosa, sin doblar la cerviz, trazando fría política hacia el futuro, en espera de que la epopeya imperial entrara en lógica etapa de descenso.

La península Ibérica, brindaba solidaridad a los descomunales proyectos que animaban la poderosa energía napoleónica. Los buques y los marinos españoles se habían batido con heroicidad extraordinaria en Trafalgar, al lado de la escuadra Napoleónica, frente a la escuadra británica que comandaba el genio de Nelson. Y si la derrota de entonces pareció demostrar que Inglaterra jamás sería vencida y que su supremacía en los mares no podía ser puesta e duda, la sangre de españoles y franceses y el sacrificio de Cosme Damián Churruca, afirmaron la alianza. Los portugueses bajo la sutil política de los Braganza, encendían el cirio ostentoso su admiración ante las águilas imperiales, pero de tanto en tanto, dejan volar palomas mensajeras de amistad hacia los predios del León Británico.

De súbito, la historia había sido partida en dos por la espada de un soldado. El enigmático Teniente de Artillería que en Tolón decidió la victoria, haciendo sentir la realidad de una nueva estrategia que venía a revolucionar los tradicionales sistemas militares, había llegado a ser General, Cónsul y Emperador, conmocionando al mundo merced a los relámpagos de la inteligencia, la audacia y la fortuna que en trilogía monolítica eran su base indestructible. Lodi, Arcole, Millesimo, Roveredo, eran los nombres de sus victorias frente a los austriacos en la Campaña de Italia. Después, las arenas del desierto y los monumentos egipcios parecieron temblar ante el paso acompasado de las legiones. Vino el 18 de Brumario y la Francia del Terror desapareció surgiendo el Consulado, primer paso decidido hacia la Coronación Imperial.

Derrotados los austriacos en Marengo, el soldado del Pueblo, el Hijo de la Revolución, ante la muda y absorta figura del Papa, convocada para la ceremonia en París, se coloca en sus sienes de mármol una corona, reemplazando por un acto de su voluntad, nacido de las afirmaciones en los campos de batalla, la dinastía de San Luis y la República de la Revolución. De golpe, una fusión entre el pueblo y las jerarquías había engendrado nuevo tipo de gobierno. Con proyecciones mundiales.

Después Jena Austerlitz, Friedland. Los ejércitos de Alemania, Austria y Rusia muerden el polvo. Nada resiste el ímpetu de las fuerzas imperiales. Los más connotados estrategias, las más probadas, efectivas y poderosas máquinas de guerra son derrotadas y desplazadas por la predestinación, la inteligencia y el valor de Bonaparte y sus legiones. Este es el espectáculo del mundo, sometido al Imperio de Napoleón, en la primera década de 1800. La Marsellesa seguía dejando oír sus notas inmortales.

Pero el genio napoleónico, galopante e incontenible, concluiría por llevar su apoteósico dominio al más dramático desastre. El poder nacido de las victorias, solo podía sostenerse si estas siguieran sucediéndose. Llevó ello a las interminables campañas? O fue el desbordamiento de la inteligencia, ante el resplandor eneguedador de la gloria, la causa de la meteórica carrera, cuyo final no podía ser diferente, toda vez que el auriga y los caballos no parecían dispuestos a detenerse, sino ante su propia destrucción?

Bonaparte vence de nuevo a los austriacos en la sangrienta jornada de Wagram. Exige además de las satisfacciones de guerra, la mano de la archiduquesa María Luisa, que le es entregada sin resistencia por la más antigua y orgullosa monarquía europea. El soldado del Pueblo, el hijo de la Revolución, se une a la casa legendaria de los Habsburgo. Había en ello una contradicción que por razón de las leyes de la lógica conduciría al derrumbamiento de Napoleón?

En París, María Antonieta había sido decapitada afianzándose sobre su sangre el régimen que dio paso al de Bonaparte. Esta linda y orgullosa Habsburgo, que mantuvo su dignidad mayestática hasta el instante en que la cabeza le fue separada del grácil cuello ante el golpe de la guillotina, era tía de María Luisa, la segunda esposa del hijo de la Revolución. Cuestiones del destino que suele carcajearse de la humanidad. O tal vez, ley inexorable que la dialéctica hegeliana nos enseña ,al platear que la vida es lucha y que los contrarios chocan , se destruyen y se unen, para volver de manera interminable a repetir este ciclo ineludible de la vida? Lo cierto es que el soldado de Artillería, cuyos cañones habían hecho inclinar la cabeza a las testas coronadas, cuya mano había firmado sin temblar la sentencia de muerte del Duque de Enghien, Luis Antonio Enrique de Borbón, en los fosos del castillo de Vincennes por el delito de llevar en sus venas sangre azul, cuyo genio en fin, había llevado por todas partes el lema de libertad, igualdad, fraternidad ,cruzó el caudal torrencial de su sangre con el límpido y tradicional de otra rubia archiduquesa austriaca.

El pueblo que todo lo observa, aplaudió a la nueva emperatriz con espíritu crítico. En el coche que llevaba al guerrero de Córcega y a la hija de los

Emperadores de Austria, parecía viajar, también, la esbelta María Antonieta, pálida y altiva ,sin doblar la cabeza, como símbolo de obligado retorno. La Marsellesa seguía dejándose sentir, mas sus notas, poderosas y vibrantes llevaban un mensaje de advertencia.

Decíamos que en 1810 Bonaparte llegó al máximo de su carrera. Cierto. Cuando resuelve apoderarse de España, liquidando de un plumazo la monarquía como había liquidado numerosos estados, el sol de su carrera acaricia por igual a toda Europa, conforme registra en excelente biografía el maravilloso editor húngaro Dimitri Merekozqui. Es en España, en donde siente por primera vez la frustración y el fracaso. Los Braganza, emigraron hacia sus posesiones en Brasil. Así la independencia de esta gran nación, concluyó por verificarse años adelante sin efusión de sangre, merced a la decisión de la misma casa real, llevada adelante por Pedro de Braganza. Pero los españoles luchan y sus monarcas adoptan posición dubitativa. Primero Carlos IV y el futuro Fernando VII aceptan la decisión napoleónica .Después fatigado de la resistencia popular, desesperado en una guerra irregular que nunca terminaba, Napoleón mismo deja regresar a Fernando a España, volviendo espaldas olímpicas a su primer fracaso.

Pero en las etapas rusas, un hado fatal tentaba a Napoleón. Bien pronto, ochocientos mil soldados, franceses, italianos, austriacos ,alemanes, poloneses, son conducidos por el infatigable guerrero hasta el palacio de los Zares en la propia Moscú. Todo es aplastado por la frenética máquina bélica. Los ejércitos rusos conducidos primero por Barclay de Tolly y después por el Generalísimo Kutuzov, no dan batalla abierta. Cuando lo hacen como para dejar a salvo el honor, sufren el impacto incontenible del ariete que impulsa el gran corzo. Solamente en la llanura del Moscowa, próxima a Borodino, los rusos se enfrentaron al Emperador.

Sentado en una silla plegable, Bonaparte contempló y dirigió la acción. Primero el fuego ensordecedor de la artillería .Luego las cargas y los choques de la caballería. Por último, la marcha estupenda de la infantería en cuadro, para decidir la victoria .Ney y Bagration se enfrentan conduciendo a sus hombres. Ney recibirá el título de Príncipe del Moscowa. Bragation morirá desangrado, abrazado al cuello de su caballo.

En el atardecer, la infantería francesa , arma al brazo, como en las paradas de las Tullerías, avanza sobre los reductos rusos .De tanto en tanto los cañones abren amplios rotos en las filas ,que vuelven a llenarse ,mecánicamente, en imperturbable operativo de férrea disciplina. Los rusos son vencidos, se baten en retirada para impedir que la totalidad del ejercito sea liquidada.

Desde una colina Bonaparte contempla a Moscú. Era tiempo, dice, e inicia el descenso. Pero esta portentosa conquista, es el preludio de su derrota. Tchaikovsky, en las melódicas y rampantes sinfonías de la inmortal Obertura 1.812, deja flotar en el tiempo aquel drama extraordinario.

Después de la ocupación de Moscú, la suerte se vuelve contra Napoleón y el Gran Ejército. Las portentosas descripciones de Tolstoi, Segur, Merekozky,

hacen vívido drama. El gran ejército parece congelarse. No hay víveres. Guerrillas soviéticas incendian y desbistan a Moscú. Es como si el célebre canto a la Victoria Decapitada de Arsenio Lupin, perpetuado a través de los siglos, correspondiera a la descomunal acción de Bonaparte y sus legiones. Dos meses permanece el corzo impenetrable en Moscú, esperando inútilmente que lleguen los mensajeros del Zar, con ofrecimientos de rendición o siquiera los boyardos pidiéndole clemencia. Al fin se bate en retirada. El Kremlin es dinamitado y vuela hecho pedazos como salvaje venganza del genio impotente.

Después, el desastre total. Guerrilleros soviéticos siguen acosando al ejército que ya marcha desmoralizado. Luego aparecen cuerpos regulares. Poco a poco la más poderosa maquinaria militar del mundo se va resquebrajando. Se fracciona, se disminuye, se agota, agoniza. Pero no muere. Napoleón marcha en medio de sus soldados, sobre la nieve. En un alto pregunta a un granadero: Tienes frío? Y el soldado responde: Que va Majestad si de sólo veros a vos entra uno en calor. Es la mística y la disciplina. Pero son los últimos destellos.

En el cruce del río Berezina se sucede una hecatombe. El Emperador ordena tender dos puentes. Pasan primero las piezas de artillería. Luego la infantería y por último la caballería, con Bonaparte en el centro. Las balas de los cañones de los rusos caen sobre las columnas desplazándolas. Uno de los puentes se rompe y miles y miles de soldados y de mujeres y niños que nunca faltan en el drama humano, se hunden en las heladas y voraces aguas del Berezina o son aplastados entre los témpanos de hielo. En la retaguardia Ney, el Príncipe de la Moscowa hace prodigios de valor.

Bonaparte regresa a París por entre una Europa enemiga. Cruza parte de Alemania eludiendo atentados y evitando hacerse notorio ante los pueblos que anhelan destruirlo. Ya no es el hombre de la Revolución, sino un destructor. Así se lo cataloga.

Y viene el final. Primero la campaña de Francia. El Ejército hace prodigios ante un enemigo que lo quintuplica. Una y otra vez Bonaparte golpea a los cuadros enemigos vencéndolos y derrotándolos merced a rápidos desplazamientos y golpes sorpresivos de audacia increíble. Me he vuelto a poner las botas de la campaña de Italia, dice para estimular a sus hombres y aterrar al adversario. Pero poco a poco empieza a ceder terreno. Las fuerzas se le agotan. Los cuadros disminuyen y los recursos van desapareciendo. En tanto rusos, alemanes, españoles e ingleses aumentan a diario sus fuerzas, los franceses se acaban sin posibilidad de nuevos hombres. En la batalla de Leipzig, denominada la batalla de las naciones, el círculo se cierra. Después habrá otros combates. Pero entonces, todo quedó terminado.

Las notas de la Marsellesa seguían sonando. Como hoy. Porque su mensaje es eterno. Pero el Imperio había volado, convertido en añicos, para incrustarse en la historia. Con su epopeya de grandeza constante. De victorias y derrotas. De gloria incontrastable.

Después de Leipzig, Napoleón abdicó. Fue desterrado a la isla de Elba. Bien pronto retornó. Y el drama tuvo epílogo extraordinario en las batallas de Ligny y

Waterloo. Ganó la primera y fue aplastado de manera definitiva en la segunda. Todo el mundo se había levantado en armas contra Napoleón y el Ejército Francés.

En 1815, vencido pero aún anheloso de gloria, Bonaparte se entregó a los ingleses siendo deportado hacia la isla de Santa Helena. Allí morirá cinco años después, escribiendo en este implacable destierro el capítulo más humano y poderoso de su genio. Sin Santa Helena, diría algún día, no tendría derecho sino a una página en la Historia Mundial. Cierto. El destierro y el martirio, depuraron a Bonaparte presentándolo en una fase diferente.

Hemos relatado estos episodios para hacer sobre ellos un análisis en cuanto a su influencia en nuestro continente.

Primero: Bonaparte siempre pensó en apoyar la causa de la emancipación iberoamericana, considerando a don Francisco de Miranda el hombre indicado para llevarla a exitoso término.

Segundo: Complejamente, al invadir Bonaparte la Península Ibérica, nombrando Rey de España a su hermano José, se sucedieron los levantamientos populares en todo el territorio ultramarino o colonial de nuestra Madre Patria.

Tercero: Declarada en forma implacable la guerra, entre los pueblos Iberoamericanos y España, el fracaso final de Bonaparte en Waterloo impidió su intervención.

Veamos ahora otros aspectos en torno a estos puntos.

La emancipación iberoamericana se inspiró en la independencia de Norte América y la en la Revolución Francesa. Por su parte, los revolucionarios franceses, impuesto su régimen sobre las cabezas de Luis XVI y María Antonieta, anhelan llevar la tea libertaria por todo el mundo. Cuando Bonaparte pone coto al régimen del terror, el 18 de Brumario, iniciando su imperial gobierno bajo el rótulo del Consulado, pensó seriamente en apoyar la emancipación de nuestros pueblos. Pero al obtener el apoyo de España en su lucha contra Inglaterra no tuvo más remedio que relegar tales planes sin que esto supusiera que los había desechado. Es entonces cuando Miranda acude a Inglaterra en demanda de auxilio. Y lo obtiene, porque los británicos, irritados con España por su alianza con Francia, procuran contribuir a la disminución de su poderío ultramarino, tratando también de obtener ventajas comerciales mediante tratados previos con los pueblos iberoamericanos. El primer desembarco de Miranda en Coro, es auspiciado por Inglaterra.

En contraste, cuando se inicia la guerra entre Francia y España, provocada por la invasión de Napoleón, Inglaterra cambia de postura. Así rechaza las propuestas que Bolívar, acompañado de Méndez López y Bello, hace en representación de la primera Junta de Gobierno de Venezuela, advirtiendo que tendrá sumo gusto de servir como conciliadora entre los pueblos Iberoamericanos y Fernando VII. Simultáneamente los levantamientos que se cumplen en Quito, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe, se realizan so pretexto de defender los derechos de Fernando VII. Y así se cumplen, porque en otra

forma el pueblo no los hubiera coreado habiendo sido imposible llevarlos a cabo. El pueblo, pues, no quería la emancipación. Porque su ignorancia le hacía creer en la conveniencia de prolongar el dominio del Rey que además aparecía aureado por el derecho divino. Los enviados de Bonaparte a los territorios iberoamericanos, informando el ascenso de su hermano José al trono de España, fueron recibidos violentamente, siendo asesinados muchos de ellos por gente amotinada al grito de "Viva Fernando VII".

De 1810 a 1818 Napoleón hace demostraciones de buena voluntad hacia la Independencia Iberoamericana. Sus representantes en Norteamérica así lo manifiestan en diversas oportunidades. Alcanzó a recibir por conducto de uno de sus ministros de estado Serurier, los enviados de Miranda en demanda de auxilio. Y por conducto del mismo Serurier, hizo saber su buena disposición de ánimo al respecto.

Bolívar en 1813 y 1814, procuró restablecer estas relaciones que no podían marchar porque Napoleón ya entraba en su colapso final.

La historia no se hace sobre suposiciones, ni sobre interrogantes sino basada en hechos concretos. Afirmarán algunos que Bonaparte habría facilitado mucho mas rápidamente la emancipación, en tanto otros dirán que habría tomado nuestros pueblos como prolongación colonial de su imperio. Pero una y otra exposición estará lanzada sobre un si hubiera históricamente inadmisibles.

Lo único cierto es que la emancipación se inspiró en la Revolución Francesa y alcanzó a vislumbrar esperanzas de apoyo en Napoleón, alcanzando a obtener algunas promesas.

Que la invasión de Napoleón a España, precipitó los acontecimientos aportando floreros de Llorente por doquier.

Que Inglaterra apoyó en principio la emancipación, pero que en ocasiones llegó a combatirla.

Que soldados ingleses irlandeses y franceses combatieron valerosamente por nuestra causa, como Serviez y Rooke, quienes perdieron la vida. El primero en el misterio del llano, el segundo en el Pantano de Vargas finalmente que para nuestra emancipación fue definitivo el genio tutelar de Simón Bolívar y el apoyo formidablemente popular que concluyó por brindarse a su perseverancia y valor. Bolívar y los oficiales y soldados iberoamericanos que combatieron desde 1811 hasta el épico final de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, día clásico del Arma de Infantería en Colombia, fueron los factores concretos de esta libertad. La influencia exterior fue indudable, en cuanto al despertar de la mística por el ejemplo de los hechos de Norteamérica y Francia. Pero la acción fue de caracteres autóctonos, así hubieran llegado valiosos auxilios en tiempo determinado.

Importa creada por nuestros grandes hombres mucho resaltar estos aspectos, sobre todo hoy cuando hay quienes se colocan bajo la tutela del imperialismo comunista, pretendiendo destruir la nacionalidad. La conciencia de patria fue

creada por gentes iberoamericanas, nacidas en nuestros territorios. Y por gentes de idéntico carácter, fue llevada adelante la construcción de la República.

Conferencia de HUGO MANTILLA, transmitida en Noviembre de 1976 por RADIO PRIMAVERA, durante el programa "LA HISTORIA Y LOS HEROES", creado y dirigido por él mismo.